

CINE

UN DEMONIO DE MUJER

«AL DIABLO CON EL DIABLO»

Director: Harold Ramis. Intérpretes: Brendan Fraser, Liz Hurley, Frances O'Connor, Miriam Shor y Orlando Jones. Estados Unidos, 2000.

En fin, si el Papa ha dicho que no existe el cielo ni el infierno, pero Dios y el Diablo sí, ya sabemos donde han de estar, por aquí, entre nosotros, y especialmente en Los Ángeles o por ahí, donde se cuece el negocio del cine.

La tentación diabólica que puede permitir a un hombre cambiar su vida al precio de su alma siempre ha sido un género muy del agrado hollywoodiense. Pero si en este caso la tentación viene por parte de un ser tan tentador como Liz Hurley, a ver quién se va a resistir a la oferta, especialmente el bobalicon de Brendan Fraser.

En «Al diablo con el Diablo» nos encontramos ante una comedia ligera destinada a un agradecido público juvenil dispuesto a vitorear escotes y ombligos de perdición (y no solamente los mendrugillos con acné, también las púberes canéforas no paran de elogiar el material), que, con toda naturalidad, recupera las mejores maneras de la comedia cínica americana realizada durante los años treinta.

Un mentecato torpe y con incapacidad para comunicarse se encuentra con una diablesa de muy buen ver que a cambio de su alma (¿Qué es el alma? ¿Acaso la has visto? El alma no vale para nada) le concede siete deseos para transformar su vida.

Ingenio hilarante

Y en esas transformaciones, siempre frustradas por las travesuras demoniacas de la señora por errores de concepto en la demanda, está lo mejor de la película, con momentos de verdadero ingenio hilarante. Harold Ramis, un actor y director no suficientemente reconocido, nos ofrece un pequeño clásico disfrazado de oferta comercial de temporada. Una excelente sorpresa, empezando por la insospechada capacidad interpretativa de la señorita Hurley, más allá de sus innegables virtudes anatómicas, pura encarnación del pecado accesible, y hasta una demostración del talento del normalmente zafio Fraser.

Situaciones, diálogos, presencia y ritmo, ¿qué más se puede pedir? Cualquiera se vendería al diablo por ver más a menudo películas de este tipo. Que tiemble Hugh Grant con sus romanticismos blandengues. El huracán Hurley ataca, y promete ofrecernos nuevos gozos.

Jorge BERLANGA

ROCK

VAN MORRISON: Y SE HIZO LA VOZ

Alberto R. Roldán

Van Morrison

Músicos: Van Morrison (voz, guitarra acústica y armónica), Linda Gail Lewis (voz y teclados), John Edwards (guitarra y coros), Lee Goddard (saxo), Leo Green (saxo), Matt Holland (trompeta), Colin Griffin (batería) y Pete Hurley (bajo). Palacio de Congresos y Exposiciones. Madrid, 29-1-2001.

Y, de repente, se hizo la voz. Cómo explicar lo que sucede cuando Van Morrison se traga la lluvia y escupe el corazón. Cómo contar las emociones que transmite este hombre -si es que es de este planeta llamado Tierra- cuando logra desentrañar los misteriosos e imposibles sonidos que fabrica su mente insana. Porque fue grande anoche el irlandés. Porque se sacudió el polvo de su alma y se empeñó en demostrar por qué es leyenda.

Un gran concierto

Y cierto es que tampoco fue el mejor Van Morrison. Pero hubo muchísimos momentos que recordaron a aquél. Por ejemplo, cuando cogió la guitarra acústica para enseñar cómo se hace una canción que pasará a la historia como una obra cumbre; naturalmente, fue «Into the mystic». O, por ejemplo, cuando miró hacia atrás y olió esa hierba húmeda de lluvia; naturalmente, fue «One Irish Rover». O, por ejemplo, cuando gritó a los demás cómo se siente un hombre acosado por las mentiras que se cuentan en artículos inventados; naturalmente, fue «Why must I always explain». O, por ejemplo, cuando revisó el calendario y descubrió un libro donde ponía algo de Avalon; naturalmente, fue «Summertime in England».

Fue, efectivamente un gran concierto. Dio lo mismo que la lamentable organización colocara a la prensa en un sitio donde ni se veía ni se escuchaba. Ni siquiera los impresionables promotores -los mismos que saquean los bolsillos de los entusiastas



Excelso. Van Morrison se mostró ayer en estado puro en su concierto en Madrid

de Van- impidieron gozar con la voz del irlandés. Desde los primeros acordes de «No way Pedro» se pudo comprobar que este Morrison sí es el que mira por encima del hombro a su propia historia. Recuperó joyas del pasado como «I've been working» o «Cleaning windows» y, al tiempo, supo escarbar entre sus trabajos más recientes para elegir las cosas más in-

teresantes, como «Rough God goes riding», «In the midnight» o la monumental «High summer». Y por no faltar, ni siquiera pudo resistirse a revisar un tema perdido, «In the outskirts of town», un blues larguísimo del estilo «Stormy monday», donde el héroe, literalmente, se trasladó a otra galaxia, allá donde nadie podía encontrarle.

Van en estado puro, con una casi por completo nueva banda, que suena infinitamente más fresca que la que tocaba en «Back on top». Linda Gail Lewis tiene un papel totalmente subsidiario, siempre plegado a los caprichos de su jefe, mientras mucho más protagonismo cobra la sección de viento -de nuevo recupera a tres tipos el irlandés-, y la guitarra del fantástico John Edwards y el virtuosismo de Pete Hurley al bajo dibujan esos espacios sonoros que tanto gustan a Van. «¿Puedes sentir el silencio?», preguntaba el irlandés en escena. Vaya que sí.

Y quien anda todavía escéptico con las malas pulgas que se gasta este hombre pudo comprobar que nada de exagerado ni de legendario hay en esto. Cuando interpretaba «Cleaning windows», y tras poner a caldo en público a un técnico de sonido por no se sabe qué tenía el micrófono, hizo llamar a un tipo forrado para que, delante de todo el personal, le cambiara el aparato. Pues bien, este hombre era... ¡el manager!

Leyenda de su tiempo

Durante cien minutos se alargó un concierto que, sin llegar a esas monumentales cotas demostradas hace casi seis años en La Riviera, sí dejó un regusto de satisfacción a todos los que recuerdan a Van vencido hacia atrás mientras sonaba una nota imposible. Lástima que esa parte final de los bises -con «Precious time» y un medley que incluyó «Whole lotta shakin' going on», «Roll over Beethoven» y «Bye, bye Johnny»- dejara el listón más bajo de lo que merecieron sus gritos anteriores. Pero, en cualquier caso, se vio a un tipo que dejó claro por qué ya es una leyenda en su tiempo. Un Van excelso. Un Van a la altura de su genio. Y no es fácil.

Alberto BRAVO

El «anticristo» Marilyn Manson volvió más salvaje a Barcelona

Xianna Siccardi
Barcelona

«¡Esa no, no, la otra, la de al lado, la rubia, la rubia, sí, esa, subidla al escenario...!». Los fortachones de seguridad que aguardan en el foso logran extraer el cuerpo de una languida chica medio desmayada y de mirada perdida, vestida con sujetador y «shorts», que apenas se aguanta en pie. El «reverendo» Manson la coge de un brazo y la sube al escenario de un tirón. Le lame el pómulo y ella se gira y le pide un beso. Él se lo niega y le gira la cara. La coge por detrás, la agarra fuerte por el cuello, la inclina hacia delante y comienza a simular una contundente penetración con la que la chica no sabe cómo reaccionar.

No sonrío. La verdad es que no parece que se lo esté pasando bien. Después, Marilyn Manson se monta encima de ella. A caballito. Y el público, ni ovaciones, ni gritos, ni silbidos. Sólo espera ver qué pasa. Cuando se cansa, simplemente la suelta, y que se encarguen otros de devolverla a las apretadísimas primeras filas. La chica se sienta en el borde del escenario, seria, y desaparece entre la multitud.

Así interpretó Marilyn Manson su particular versión de «Sweet Dreams» en el Palau dels Esports de la Vall d'Hebrón de la Ciudad Condal el pasado domingo. Este seudolider musical religioso y filosófico norteamericano consiguió que se agotasen todas las entradas entre un pú-

blico deseoso de volver a vivir emociones fuertes con su último espectáculo bautizado «Guns, God and Government World Tour» de su nuevo disco «Holy Wood».

Escenografía oscura

«Marketing Manson» dice que sus últimos tres discos están íntimamente relacionados como excusa para hacer un «mix» que le permita volver a hacer lo que le dio el éxito, imitar la escenografía oscura de «Antichrist Superstar», copiar el estilo «funky light» de «Mechanical Animals», batidora y nuevo disco, más comercial. El «reverendo» volvió a aparecer ante sus súbditos ataviado con el rígido corsé, con las medias rotas, con el tanga y los guantes con remaches que lució

en la gira de «Antichrist». Comenzó con el poderío de «Irresponsible Hate Anthem» («Himno al odio Irresponsable»), un potente tema de, qué casualidad, «Antichrist Superstar». Ha vuelto a teñirse el pelo de negro para borrar toda huella del look Chaval de la Peca que lucía antes.

Vuelve a ser salvaje, como antaño. Sus innovaciones fueron vestirse de Papa y crecer tres metros gracias a unas pierns extensibles ocultas bajo una larguísima falda negra, como en su vídeo «The beautiful people», para terminar precisamente con su tribal «The beautiful people» y «The reflecting God», con el encendido de las luces del Palau como única despedida para un público que se entregó al cien por cien.